

partido de este no contestaba en el acto, podía darse por perdido y acabado para siempre. Y la contestacion tropezaba con dos dificultades gravísimas, una de forma y otra de fondo; con la dificultad de contestar á un orador eximio como Aleandro y con la dificultad de defender á un revolucionario peligroso como Lutero. Mas el silencio absoluto, en presencia de ataque tan vigoroso, delataba la mayor de las debilidades y traía por ende la mas segura y la mas terrible derrota. Hubo necesidad de responder; y se levantó el Elector con el derecho que le daban sus consumados servicios y su consumadísima prudencia. Pero al levantarse de su asiento, encontróse frente á frente con la dificultad insuperable de contestar en el acto á tal orador y á tal discurso; y pidió un aplazamiento hasta la próxima sesion. Y la próxima sesion se abrió entre la general ansiedad de la concurrencia. No desmintió, en verdad, Federico lo reservado de su íntimo natural en lo supremo de aquella grave crisis. A la elocuencia italiana del Nuncio solo supo oponer los distingos de una diplomacia cortesana. Nada dijo en defensa y pro de Lutero; antes bien condenó todo lo que hubiera condenable en su doctrina, protestando con energía de su obediencia y sumision á la Iglesia católica. Y dicho esto, parapetóse, como buen literato y erudito, tras la autoridad literaria de Erasmo, al cual no parecian tan erróneas las doctrinas de Lutero como le podian parecer al Nuncio Aleandro; y promoviendo de esta suerte la duda en aquel auditorio que no seria muy católico cuando dejaba parangonar la autoridad de un sabio con la autoridad de un Pontífice, propuso enviar un salvoconducto á Lutero y traerlo al seno de la dieta para que él mismo se explicase con verdadera claridad de expresion y se defendiese con verdadero conocimiento de causa. Aleandro comprendió la rebelion abierta que bajo formas sumisas y obedientes encerraba el hostil proyecto y la meditada proposicion de Federico. Así dijo que no se trataba de comentarios ni de explicaciones, puesto que el Papa habló ya, sino de incondicional sumision y obediencia. La extrema derecha de la Asamblea corroboró el sentir de Aleandro y propuso la medida encerrada en todas sus palabras, á saber, el empleo del cetro y de la espada temporales contra Lutero, porque si entonces no se empleaban contra un hombre, habria necesidad imperiosa de emplearlos mas tarde contra una revolucion.

Pero la Asamblea, como todos los cuerpos compuestos de muchas volun-



tades y de muchas inteligencias, inclinábase al centro y al término medio, representados, como hemos dicho antes, por el franciscano Glapion. Y encontraba que en la doctrina de Lutero habia en verdad una parte dogmática, digna de censura, y otra parte política, digna de aplauso, estando la majestad imperial en el deber de obligar al monje á retractar sus errores dogmáticos al par que recogia de sus labios, para aplicarlas á la vida general de Alemania, todas sus verdades políticas. Tal proposicion encerraba una derrota del Nuncio, y por consiguiente, del Papa. Y á atenderla y aceptarla inclinábase Carlos V, el cual, á sus cortos años, habia oido hablar mucho de la asombrosa elocuencia del monje y deseaba por sí mismo conocerla y experimentarla. Y todo un César del sacro Imperio romano se dirigió á todo un penitente de los cenobios de Witemberg, escribiéndole carta imperial en la que le demandaba explicaciones sobre su doctrina y le expedía un salvoconducto para su persona, prometiéndole respeto y seguridad. De suerte que la condenacion de un Papa no le bastaba á un Emperador. La Iglesia estaba perdida y consumada la revolucion.

Un heraldo imperial, expedido desde Worms á Witemberg, es decir, de potencia á potencia, llevaba dos salvoconductos, uno del Emperador Carlos V, otro del elector Federico, para entregarlos en propia mano á Lutero. Los escritores apasionados y pertenecientes á las escuelas extremas del Catholicismo, zahieren, unas veces fina y otras veces brutalmente á Lutero, porque en vez de uno, llevaba dos salvoconductos, y olvidan cómo los tuvo el pobre Juan Huss, y no le valieron para nada, encerrado primero en un calabozo que parecia una sentina, y muerto luego en el terrible suplicio de la hoguera. Dados estos antecedentes, parece natural, naturalísimo el estado de ánimo en que Lutero se hallaba, confundiendo el amor al ideal con el amor á la muerte y aspirando al martirio si habia de caer en la retractacion. Sus palabras tienen todas ellas en este momento de su vida una extraordinaria solemnidad. «En verdad os digo, exclamaba dirigiéndose á sus discípulos, que no rogueis por mí, rogad por la palabra de Cristo. Yo de mí sé decir que no tengo inquietud alguna; aunque el generalísimo de los homicidas se adelanta á mi encuentro, de todas sus fuerzas seguido, para tomar mi sangre. Amen. Que la divina voluntad se cumpla. Cristo me inspirará con su espíritu. Vivo,

desafío á esos ministros de Satanás; muerto, los arrastraré conmigo á mi sepulcro. Pugnan por mi retractacion. Pues bien, no tengo inconveniente en retractarme y en decirles: sostuve ayer que el Papa era el Vicario de Cristo, hoy me retracto, y sostengo que el Papa es el apóstol del diablo.» Y cuando le decian los peligros que iban á circuirle, las asechanzas que iban á saltarle, las celadas que iban á tenderle, y le pintaban la inmensa muchedumbre de implacables enemigos, á cual mas poderoso, en su mal conjurados y decididos á su perdicion, exclamaba: «Iré á Worms, aunque haya en Worms tantos diablos como tejas hay en Witemberg.»

Este viaje nuevo de Lutero es un viaje triunfal. Precédele el heraldo del Emperador, luciendo el águila de las dos cabezas como pudiera lucirla delante de un monarca; acompañanle doctores en derecho, teólogos de crédito moral y autoridad científica, abogados de los primeros tribunales y catedráticos de las primeras Universidades; un soberbio carruaje, cubierto de riquísimos brocados, le arrastra; autoridades de primera magnitud en Alemania le aguardan; palacios señoriales y municipales de soberbio aspecto le alojan; muchedumbres entusiastas le saludan y le siguen; bien al revés de aquel viaje á Roma, en que, pobre peregrino, solo llevaba su báculo y sus sandalias, ó del mismo viaje á Augsburgo, en que anduvo á pié como un verdadero penitente. Así el 2 de abril de 1521 recibieronle en Leipzick con el vino de honor; y el 3 en Naumburgo con un gran festin presidido por el Burgomaestre; y el 4 en Weimar con riquísimos presentes y regalos, donaciones del duque Juan de Sajonia; y á dos millas de Erfurt, doctores y maestros, acompañados por mas de doscientos caballeros, que lucian al sol sus esplendentes armaduras.

Al llegar á la vista de la ciudad, donde corriera su noviciado, y á la presencia del monasterio agustino donde tomara el hábito de monje, agolpáronse todos sus recuerdos á la memoria, todas sus ideas á la mente, toda su sangre al corazón; como suele suceder siempre que se visita uno de esos lugares predilectos, á los cuales se agarra nuestra alma como se agarran á la tierra las raíces de los árboles. ¡Cuántas y cuán grandes emociones en el alma de Lutero! ¡Cómo le parecería el estrecho claustro, la mísera celda, el retablo de madera, la húmeda y oscura iglesia un paraíso, en el cual sentiria la fe sin



dudas, la caridad sin combates, la esperanza sin recelos, la vida sin mancha, la inocencia interior y la confianza absoluta en la divina misericordia! ¡Cómo le conmovieron las piedras que había pisado con sus sandalias, la tarima donde se había tendido con su sayal, los breviarios cuyas páginas le habían auxiliado para los santos rezos, aquella flauta con que acompañaba las melodías de las avecillas del jardín y la sonora orquesta formada por el susurro de la fuente y el rumor de los cipreses, la ojiva humilde á través de cuyos triángulos veía pasar sus cofrades entregados á la oración, la campana cuyos tañidos le despertaban allá en el alba, comunicándole los mismos estremecimientos que las trompetas del Juicio comunicarán á los muertos en el día apocalíptico de la resurrección; y por último, el cementerio, en cuyo seno descansan los despojos de los seres felices que han concluido las grandes batallas de la vida y se han despertado en los inmensos senos del Criador! Efectivamente, al caer la tarde del 6 de abril, cuando brillaban los últimos arreboles del crepúsculo, descendió Lutero al cementerio de su convento, y postrado sobre la dura tierra, delante de una tosca piedra, bajo los brazos de una cruz de palo, púsose á meditar con meditaciones que provocaban y traían verdaderas lágrimas á sus ojos encendidos; púsose á meditar, decía, sobre la paz de aquel que estaba durmiendo en la tierra y á compararla con sus combates continuos, con la agitación eterna de su vida, con la zozobrosa inquietud de su pensamiento, con la guerra sin fin á que le arrastraba la funesta facultad de su elocuencia y el funesto don de su gloria. Así volvíanse de vez en cuando sus ojos al cielo, como para buscar en sus arreboles el ángel de la muerte. Y fué tal y tanta la abstracción completa en que se sumergiera, pensando en los misterios de la eternidad y en los dolores de la vida, que no oyó ni aun la señal de recogimiento para el sueño dada por la torre de la iglesia y que sumergia en profundo silencio y en profunda quietud á todo el monasterio. Lutero comprendía que el hombre de la infancia, el hombre de la juventud, el hombre de la inocencia había muerto en él y se encerraba con sus compañeros dentro de aquel sepulcro; mientras que el hombre nuevo era un soldado formidable, nacido para las grandes guerras y los grandes asedios, y destinado á recibir en el alma toda suerte de heridas y á apurar en el corazón todo género de dolores, como sucede á cuantos reparten en comunión su íntimo pen-

samiento entre los hombres y legan una obra inmortal á las futuras generaciones.

Todo su viaje tuvo esta misma poesía de los recuerdos y provocó esta misma nostalgia de la infancia. En Eisenach agolpáronse á su mente los días de la niñez; en Francfort bendijo á la juventud; en otro punto mas cercano á Worms encontró el retrato de Savonarola, sobre cuya vida y obras meditó largamente; en Oppenheim vió á un dominicano, emisario de uno de los caballeros feudales mas valerosos de Alemania, que le conjuraba por Dios y sus Santos á no proseguir su camino; en Pffflingheim, donde le precisó detenerse á causa de sus dolores de estómago, plantó un olmo, el cual ha vivido hasta el año 1811, en que un rayo lo abrasara; hasta que por fin el 16 de abril de 1521 dió vista á la ciudad, donde le aguardaba el Emperador de los romanos y la dieta de los alemanes, parte de lo mas excelso, de lo mas poderoso, de lo mas grande que á la sazón había en el mundo.

Pocas ciudades tan poéticas como esta ciudad de Worms. A media legua del Rin que murmura en su corriente de esmeraldas antiguas poesías; en el centro de feraz campiña, que los viñedos y las praderas embellecen; cabeza de aquellos paisajes llamados de la alegría, donde entonaron sus poéticas canciones los maestros cantores, gloria de Alemania; teatro del gran poema de la Edad media, de los Niebelungen, que pusieron allí la isla del jardín de las rosas, habitación de todos los amores, cuyo cercado era un hilo de sedas; gran metrópoli religiosa sublimada por su catedral; esta ciudad, con sus dos rojizas torres, que se destacaban en el cielo embellecido por la luz hermosa de abril, inspiró sublimes pensamientos al gran iniciador de la revolución y de la Reforma. Las diez de la mañana serian cuando llegaba á la ciudad, arrastrado por fuerte carruaje alemán. Mas de dos mil personas le aguardaban; y un avisador, que estaba en alta torre esperándole, sonó aguda trompeta para notificar su presencia, que atrajo á toda la población como en tumulto. Visitáronle desde los príncipes y los electores hasta los jornaleros y los campesinos, y en tanto número, que, al anochecer, no podía sostenerse de pié, y encerrándose en su humilde habitación preparada por el Elector, arrojábase al suelo, y levantando sus miradas al Empíreo decía estas palabras, expresión fiel de las angustias y de los dolores de aquel su espíritu atribulado